



Arreglos de familias

A trece meses del triunfo de Eduardo Frei en las elecciones presidenciales del 93, se han confirmado dos polos equívocos y mutuamente intoxicantes: el aylwinismo y el freísmo. De nada han servido ciertas negociaciones de oficio respecto a su existencia. Hoy se sabe que el futuro de la DC y, en buena parte, del gobierno de la Concertación pasa por el ensamblaje de estas dos amébicas corrientes, que no contienen ideas ni propuestas distintas, sino que representan dos inconciliables estados de ánimo.

Por eso, los cazatalentos están a la búsqueda de puentes de plata, de celestinajes más o menos burocráticos, para rearmar un amor que, según parece, nunca existió del todo. Se busca una fórmula para disolver rencores, viejas historias, malévolas anécdotas; una terapia de choque contra los persistentes malos humores, que impiden gozar plenamente a la alianza ganadora del ejercicio de este segundo gobierno de la Concertación.

Todos dicen oficialmente, por uno y otro lado, que aquí no pasa nada, pero las baratas siguen asomando desde debajo de las más distinguidas alfombras. Algo pasa, pues.

Por RAFAEL OTANO

Las mujeres fuertes de las dos dinastías, Carmen Frei y Mariana Aylwin, niegan con cierta acritud que haya especiales desavenencias entre sus familias. "Qué más quisieran los periodistas que nos enzarzásemos en peleas para llenar páginas odiosas", protestan. "Eso es una leyenda, no existen enfrentamientos de familias", afirma categórica Mariana. "Patricio Aylwin fue un gran presidente, un activo para la DC y para la Concertación", afirma la cordialísima Carmen. Ambas llevan fama de sinceras e inteligentes. Pero la inteligencia a veces obliga a acotar severamente el ejercicio de la sinceridad. Este es seguramente el caso.

FELICES ÑUÑOINOS

Hay que partir, desde luego, de que los Frei y los Aylwin son dos productos homologados de la misma cultura demócratacristiana. Una cultura que es católica, de clase media y de guerra fría y que se fraguó en el Chile de los años cuarenta y cincuenta. Pero se trata de un catolicismo abocado a lo social, de una clase media profesionalizada, de una guerra fría, que obliga a inventar alguna tercera vía. Este conjunto de factores arroja como resultado un colectivo DC de gente moderada, sensible, doméstica, muy poco proclive a experimentalismos estéticos y culturales, pero preocupada de la educación como la gran palanca del ascenso social.

Los Frei y los Aylwin eran en los años cincuenta y sesenta unos felices ñuñoínos, cuando los autos aún suponían un lujo y la calle era una buena oportunidad para fomentar contactos mesocráticos. Aquella generación falangista y la postfalangista tenía plena certeza de su lugar en el Estado, en la Iglesia, en su entorno social y en el partido. De ahí esa fomedad de la DC, esa aparente falta de *pathos* colectivo. El ritual más propio era (y, en parte, sigue siendo) el almuerzo dominical de las tres generaciones de la familia extensa, bajo el persuasivo señuelo de que la familia que come el asado unida, permanece unida.

La cosa iba más allá: porque en el espacio existencial del partido era donde se producían las amistades, los matrimonios (¡y las puestas de argollas!) y las más diversas alianzas. También ahí surgían algunos rencores y malquerencias que la manía católica de quedar bien, ocultaba celosamente en el fondo de los floreros.

En general, los líderes decés tenían hijos(as) decés, que se amistaban entre ellos, de cara a nietos(as) también decés. En este ambiente endogámico, extraña que dos camaradas tan unidos políticamente como Frei Montalva y Aylwin Azócar nunca fueran amigos.

El resquemor dinástico provino del trato desconsiderado que, según el clan Frei, se le dio a Doña Maruja Ruiz-Tagle, que no fue, a su juicio, debidamente atendida por La Moneda, durante el gobierno Aylwin.

Sus familias no se visitaban entre sí y no existía entre ellas un mayor contacto social. Algunos militantes más antiaylwinistas señalan que ya entonces existía un cierto resentimiento de Aylwin contra Frei Montalva por no considerarse suficientemente reconocido por su lealtad hacia el patriarca en los momentos más difíciles. Esa sería la raíz profunda del distanciamiento de las dos familias.

adrenalina, y, una vez en frío, marcó con una cruz el casillero Frei Ruiz-Tagle.

CUPONES DE AGRAVIOS

Aquel inesperado lanzamiento de Frei tuvo, por tanto, consecuencias.

Ya es demasiado sabido que, en la conformación del primer gabinete de transición, quedaron en el refrigerador Pérez Yoma y Arriagada; y que Figueroa



Pero el origen más real de los roces entre el actual presidente y Don Patricio y que ha tenido una clara proyección política, hay que situarlo en 1989, cuando Eduardo Frei Ruiz-Tagle dio el campanazo y entró a competir por la candidatura a la presidencia contra Aylwin. A éste le dolió mucho que se le cruzase en el camino aquel advenedizo, cuyo único capital en ese instante era su nombre y apellido, y a quien Don Patricio no tenía especial estima política. Al temperamental Aylwin se le subió la

fue nombrado embajador en Buenos Aires. Así, el grupo más próximo a Frei, el del directorio de la radio Cooperativa, fue mantenido lejos del corazón del poder. Y eso provocó la espera, por parte de los postergados, de una segunda vuelta. Paralelamente, el resquemor más dinástico provino del trato desconsiderado que, según el clan Frei, se le dio a Doña Maruja Ruiz-Tagle, que no fue, a su juicio, debidamente atendida ni invitada por La Moneda, durante el gobierno Aylwin. Mucho mejor había

sido, según ellos, el trato dispensado a Doña Tencha Bussi. La diferencia les había herido.

Los Frei continuaron coleccionando cupones de agravios. Les parecieron mal las maniobras para lograr la ampliación del mandato de Aylwin; peor aún, la torpe operación a favor de la candidatura de Foxley el año 91 comandada por Mariana Aylwin, tras la cual estaba la mano de Boeninger y la del propio Presidente.

Pero lo considerado por ellos como mayor ofensa, fue el asunto de la abreviación del mandato presidencial. Los malos cálculos de Boeninger obligaron a que se negociase la ley con el apellido Frei ya en el *ticket*. El amenazador mutismo del candidato, la verbosidad de Arturo, la ira de Carmen fueron factores (aunque no los únicos) para negociar el sexenio. Y si de agravios se trata, hay que añadir la deliberada gelidez de Aylwin, mucho más allá de la normal prescindencia, durante la campaña presidencial freísta. Y no se diga nada del cruento enfrentamiento Ortega-Pacheco para la candidatura senatorial, representando a las dos familias.

Todo esto culminó en la noche de la elección. Aunque cueste creerlo, no existía en La Moneda un protocolo establecido para el caso técnicamente seguro de que ganara Frei el día 11 de diciembre. Aquella noche no se notó en el palacio ni entusiasmo ni ganas. Para cuando se tomó la decisión de que el

presidente electo para el desayuno del día siguiente en la calle Baztán.

TELEFONO ACOGEDOR

Pero el hielo más definitivo se fraguó en las doce semanas del traspaso de mando. Los dos equipos gobernantes (saliente y entrante) vivieron esta crucial etapa casi en paralelo. Algunos de los nuevos secretarios de Estado se sintieron aquellos días asombrados de que no hubiese ninguna política de transmisión del poder, cuando sí la hubo entre el equipo de Aylwin y el equipo de Pinochet. Los miembros del gabinete que dejaban sus poltronas, se preocuparon de realizar los abrochamientos finales de su gestión y promover algunas operaciones de marketing. Los entrantes miraron mudos el desastre de Codelco y se sumergieron en distintos formatos de vacaciones, mientras el reloj de la historia corría.

“Fue un traspaso incomunicado, muy poco conversado”, explica un alto cargo del gobierno. En la última semana de febrero, Don Patricio invitó al presidente electo a una reunión en el Cerro Castillo. Quería recomponer algo la anómala situación. Pero Frei alegó no poder ir. Esto sulfuró a Aylwin. Así de tristes fueron las cosas. Por ejemplo, hasta el último minuto altos funcionarios estuvieron discutiendo sobre el momento exacto en que se debían entregar los coches oficiales. La amistad cívica que Frei había alabado durante su campaña, había

respecto al anterior, que en gran parte tuvo que salir. Fue un episodio doloroso para un grupo de mujeres que, más que despedidas, se sintieron expulsadas.

Hay que reconocer el mérito del ministro Krauss, que fue el teléfono más



acogedor en esas difíciles jornadas. Con espíritu de mediador y como buen conocedor de los Aylwin y de los Frei y de la cultura decé, logró poner algo de equilibrio en medio de tantos accesos de lágrimas y de malhumor.

OBSESION ANTIAYLWIN

La mala peripecia del traspaso terminó de dividir y muy agriamente a los de dentro del gobierno contra los de fuera y viceversa. El freísmo y el aylwinismo comenzaron a erigirse principalmente como dos frentes antitéticos que se miraban con prevención y a veces incluso con rencor. El contenido diferencial de uno respecto al otro, ha llegado a ser un conjunto de recelos y malas ondas mutuos, acumulados, sobre todo, en los últimos quince meses.

Porque después de la asunción del

El hielo definitivo entre aylwinistas y freístas se fraguó en el traspaso de mando. Los dos equipos gobernantes (saliente y entrante) vivieron esta crucial etapa casi en paralelo.

mandatario se personara en el Hotel Carrera, Arturo Alessandri ya se había adelantado y Aylwin, que estaba a cien metros del lugar de la celebración, tuvo que retrasar el saludo personal al

llegado al grado cero.

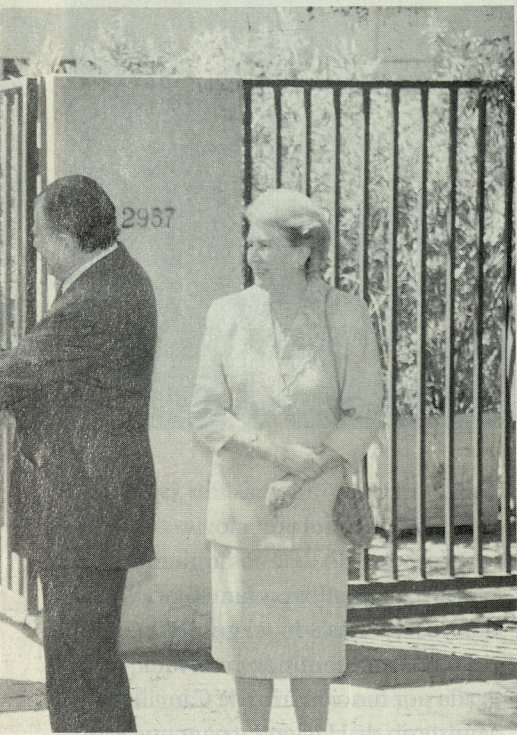
Para rematar, también hubo problemas en el traspaso de poderes entre las dos primeras damas. El equipo entrante fue acusado de maneras bruscas

poder por Eduardo Frei Ruiz-Tagle, continuó la tensión. En el nuevo gobierno sentaban muy mal las constantes comparaciones que se hacían respecto a la etapa de Aylwin. Las encuestase han encargado de exacerbar

sienten castigados por el solo hecho de haber sido colaboradores estrechos del gobierno anterior. El caso de Enrique Correa es muy característico. A pesar de que participó en la Comisión Brunner, se le ha castigado por considerarlo uno de los responsables de la frialdad del

protagonismo en desmedro del propio Foxley y también de Jorge Pizarro, principal hombre de Martínez en la mesa.

La situación es complicada. Los freístas piensan que Foxley ha marcado demasiada independencia respecto a



No son pocos los ex ministros y ex altos funcionarios que se sienten castigados por el solo hecho de haber sido colaboradores del gobierno anterior. Es el caso de Enrique Correa.

esa sensibilidad. Además el protagonismo de Don Patricio ha puesto nerviosos a muchos funcionarios de la actual administración. El ex presidente, aun cuando hace el propósito de aminorar su presencia pública, recae en el protagonismo. Es evidente que exageró la nota aceptando cuanta medalla, homenaje y dignidad se le ofrecía en Chile o fuera, pero también resulta claro que la gente de gobierno llegó a vivir una infantil obsesión anti-Aylwin. La acumulación de problemas de protocolos, de omisiones, de eventuales desconsideraciones han hecho que el ex Presidente en un momento rompiera relaciones con La Moneda, como protesta por ser tratado indebidamente. Esto no favorecía nada la necesaria unidad política de la DC, pero el furor de Aylwin fue más fuerte.

Por su parte, no son pocos los ex ministros y ex altos funcionarios que se

gobierno Aylwin hacia Frei y los suyos. Además, el actual gobierno ve con preocupación la Fundación Justicia y Democracia fundada por Aylwin y sus ex colaboradores y las reuniones periódicas con los ex ministros. Sigue la obsesión mutua, la sospecha.

Sin embargo, el nombramiento de Enrique Krauss como presidente de la Fundación Frei es todo un gesto simbólico. Un connotado aylwinista es introducido por la familia Frei, con el pleno acuerdo del Presidente, en el centro mismo del freísmo cultural. Se piensa que Krauss con su larga experiencia puede ayudar a acercar posiciones y recrear lazos. Son pasos hacia una normalización de las relaciones entre todas las familias de la gran familia DC. Se ha llegado a la conclusión de que la guerra librada durante este último tiempo es ya inaguantable para ambos contendientes y que hay que desentramar la situación con iniciativas que rompan las pasadas inercias.

En la Democracia Cristiana la mixtura entre freístas y aylwinistas que posibilitó la elección de Alejandro Foxley, aunque ha sido un avance, no ha funcionado bien. Los aylwinistas, más concretamente los gutistas, sienten que Frei y su gente vetaron la presidencia de Gutenberg y que posteriormente ha habido un permanente esfuerzo del secretario general, Francisco Frei, por adquirir

sus sectores de apoyo interno y que incluso ha expresado ciertas críticas al gobierno. Por eso, postulan que Pancho Frei y Tomás Jocelyn-Holt sean el puente de plata entre la directiva de la DC y el gobierno, fórmula que Foxley no está dispuesto a aceptar, pues va en detrimento de sus prerrogativas como presidente del partido. Todo esto es la letra menuda de unos movimientos de pacificación que van a tener que consolidarse este año, de cara a las elecciones del 96, en que la DC y el propio Foxley deben demostrar que la caída de su partido no es inevitable.

Por lo demás, el enfrentamiento aylwinismo-freísmo ha creado interpretaciones simplistas de hechos importantes, como el de la salida de Jorge Navarrete de TVN. Se dijo en algún momento que era un hombre de Aylwin y que, en cuanto a tal, había sido rechazado por Frei. En realidad, en éste, como en otros casos, la historia es mucho menos contradictoria. Aylwin miró muy mal, en varias ocasiones, la gestión de Navarrete, al que hubiese deseado remover, aunque no se atrevió a dar este paso. Dicho sea en honor a Navarrete, que nunca llegó a ser voz de su amo de nadie.

El freísmo-aylwinismo, como polos, todavía están ahí, pero seguramente otros ejes de debate más sustanciosos producirán las tendencias de la poderosa DC en el próximo futuro. •